VIDA MONTEVIDEANA

Revista Social, Literaria, Artística é Ilustrada

APARECE LOS DOMINGOS

Año II	Montevideo, Abril 24 de 1898	Núm. 41

Director y Redactor	Secretario de Redacción:	Administrador
RAFAEL J. FOSALBA	Eduardo Gandolfo Dirección y Administración: Convención 82	**JOSÉ VIDAL**

GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS

Sara Miró

(Fotografía de Fitz-Patrik)

SUMARIO

TEXTO:—CAMBIO DE LOCAL.—DE ESTADOS UNIDOS, por Amalia Solano.—EL VIENTO, fragmento inédito del poema en preparación EL BOSQUE, de Narciso Tondeau. —UBALDO RAMON GUERRA, por Cárlos Martel—ILUSION, poesia por María H. Sabbia y Oribe.—EN EL HOGAR, por Américo S. Mancebo, (Conclusión).—LOS DOS SOLOS, poesía por Vicente Magallanes.—MI DESTINO, imitación á Tourgueneff, por Raul Fresoir.—ETERNAL, poesía por Ubaldo Ramon Guerra. MEDITACIÓN, poesía por Celestino V. Delfante.—EL ÚLTIMO PASEO, por León Daudet, (traducción).—INTIMA, poesia por Enrique Rivera.—VIDA SOCIAL, por Siempreviva.—ADÚLTERA, poesia por Cayetano R. Mendoza.—AMOR ESCLAVO, por Francisco Caraciolo Aratta.—LIED, por Werther, SANTIAGO BARCO, por Pontsevrez, (continuación).—JUEGOS FLORALES, por La Direccion.

GRABADOS:—Galería de bellezas montevideanas: SARA MIRÓ, fotografía de Fitz Patrick, grabado de Jacobo Peuser de Buenos Aires.

CAMBIO DE LOCAL

Participamos á nuestros colaboradores, agentes y suscriptores que la Redacción y Administración de esta Revista han quedado definitivamente instaladas en su antiguo local de la calle Convención núm. 82.

De Estados Unidos

Es en axioma, el que cada nación, aun aquellas de la misma raza, posee sus caracteristicas especiales, de la misma manera que cada individuo tiene sus rasgos propios, que lo distinguen de los otros de la especie Estas idiosincracias, como bien lo saben los sociólogos, constituyen una poderosa influencia en la civilización de un pais. Asi, pues, al tratar de la cuestión femenina, cual existe en esta República, y al comparar la mujer, su progreso y condición con respecto á la condición del sexo en otras regiones del mundo, hay que tener en cuenta, no solo el carácter de la raza, sino las instituciones verdaderamente republicanas que dejan al individuo la libertad de obrar de acuerdo con la razón y el buen sentido. El progreso de la mujer en los paises anglo-sajones, no es solo, pues, cuestión de tiempo ó época, sino, como lo he afirmado antes, de raza, índole y hasta de clima. Aun antes de la venida del cristianismo, la mujer del norte de Europa no es un juguete ó una esclava, cual en las naciones del sur, sino que es un ser independiente y que puede responder por sí misma en todo lo que toca á sus actos.

El cristianismo eleva á la mujer á un sitio más alto, si se le compara con su degradante condición anterior, mas nó á la altura que le corresponde, y que Jesucristo indicó claramente con su conducta hàcia el sexo oprimido. Muy pronto, después de las persecuciones, se verá á reverendos padres eclesiásticos discutiendo gravemente si la mujer tenia ó nó alma.

Esto solo se puede comparar con las absurdidades filosóficas de la Edad Media, cuando se trataba de fijar con certeza el número de miles de demonios que podrian caber en la punta de una aguja. ¡Pobres diablillos!

A juzgar por su número y variedad, la demonologia medioeval ha sido reemplazada por la microbiologia moderna.

«¡Nada hay nuevo debajo del sol!» Al discutir la cuestión del alma de la mujer, hubo felizmente quien tuviera la bondad de permitirnos que la tuviéramos. Asi, pues, las mujeres debemos dar gracias no á Dios, sino á los buenos padres que nos pudieron dar ó quitar el alma á su voluntad.

No es mi ánimo en esta reseña, el trazar la historia de la esclavitud de la mujer durante los siglos obscuros de la Edad Media. Dejando todo eso á un lado, entraré de lleno á hablar de la mujer norte-americana, personaje que en el exterior no se le comprende y con generalidad se le representa grotesca ó maliciosamente. La mujer de los Estados Unidos posee las mismas cualidades de los hombres de su nación; es arriesgada, intrépida, independiente y confiada de si misma.

Se abre paso en el mundo. ¿Le cuesta? Si, es muy trabajoso, sufrirá mucho, pero... si persevera llega á su fin, y entonces mira con orgullo á su alrededor como diciendo: «dije que lo haria y lo he hecho».

El trabajo honrado nunca desdora á la mujer americana.

Aun las hijas de familias acomodadas, cuando todavia van á la escuela, miran hácia el porvenir y empiezan á pensar qué carrera ó profesión seguirán cuando crezcan. La necesidad de «hacer algo», como aqui dicen, es tan imperiosa en el carácter de las niñas como lo es en el de los varones que deben tener una ocupación para ganarse la vida. De aqui que no solo se las emplee en las tiendas ó como contadoras, tenedoras de libros, taquigrafas, y otras mil ocupaciones de menor cuantia, sinó que vayan á colegios y universidades á prepararse para maestras, abogadas, médicas; ó á hospitales para ser enfermeras científicas, y yendo más allá invaden aquellas ocupaciones que han sido extrictamente masculinas.

Casi la tercera parte de los repórters de los diarios de las grandes ciudades son mujeres y no solo tienen á su cargo las crónicas sociales, bailes, revistas de modas y todo lo tocante á cosas de señoras, sino que hacen reportajes de toda clase. Además hay mujeres que son editoras-asistentes, y que escriben articulos de fondo sobre las cuestiones del dia.

Ahí está la señora Margarita Sullivan, miembro de la redacción del *Chicago Times Herald*,--periódico que, en todos conceptos, está al lado del *New York Herald* y del *Sun*, --y su opinión editorial se le cita en todo el pais, porque lo que esta dama escribe vale la pena de leerse. Las mujeres corresponsales de diarios y revistas semanales, se las puede contar por cientos; las publicaciones, ya sean semanales ó mensuales, y muchas de las casas editoras emplean mujeres como lectoras de manuscritos ó como criticas literarias. Naturalmente que estos son puestos de primer órden y que no se obtienen fácilmente, sino después de bastante trabajo y cuando se tiene suficiente renombre literario. En una palabra, la mujer, para llegar á esa altura, tiene que demostrar condiciones intelectuales que puedan competir con éxito con las del hombre, y como para cada posición hay diez ó más personas perfectamente competentes, de ahí se sigue que la lucha es encarnizada, y que el obtener un nombre medianamente famoso en la literatura del pais sea cuestión de árduo y lento trabajo.

Siguiendo con la enumeración de ocupaciones femeninas, todo el mundo sabe que hay pintoras y escultoras de mérito, y que los Estados Unidos han dado al mundo cantatrices bastante buenas. Cuando una jóven comprende que su talento no es suficientemente grande para convertirse en una pintora célebre, entonces se dedica á ser ilustradora de revistas--cuyos grabados aqui han llegado á tanta perfección--ó de novelas iluminadas en las ediciones de lujo; ó quizá es dibujante en una fábrica de alfombras, percales ó papeles de empapelar. Si la voz no se presta para teatro se canta en conciertos, y en las iglesias, que pagan muy bien por buenos cantantes de ambos sexos. Seria cuestión de nunca acabar el enumerar la multitud de empleos que las necesidades y exigencias de la época han creado, y que la mujer llena debidamente.

Por lo que hace á otros rasgos caracteristicos, la mujer norte-americana es nerviosa, inquieta, ambiciosa, coqueta, algo vana, amante del lujo, muy práctica y calculadora en las relaciones de la vida. En su amistad con el hombre es franca y abierta; en muchos casos se parece más á la amistad entre dos hombres, buenos camaradas; sin embargo, el norte-americano, sin poseer aquella galanteria superficial que á menudo se equivoca con la caballerosidad, es invariablemente cortés y deferente, aun con los caprichos de su amiga, esposa, hermana ó hija. Una jóven norte-americana se promete ó rompe su compromiso, si así lo encuentra conviente á su interés ó al estado de sus afectos, sin que nadie lo encuentre á mal ó la repruebe por ello. En una palabra, la mujer de los Estados Unidos es *dueña de si misma*; como un varón cuando llega á la mayoria sale de la tutela de los hombres de su familia, y si se casa, su posición es más digna y sus derechos son mayores que los de las mujeres de otras naciones.

Apesar de poseer esta libertad, que es desconocida al sexo en otras partes del mundo, las agitadoras de los derechos femeninos ponen el grito en el cielo quejándose de la tirania y despotismo del hombre, cuando la verdad es que no hay sér en el mundo que sea menos despótico hácia su compañera, que el yankee. Hé aqui la razón por la cual la mayor parte de los matrimonios contraidos por norte-americanas ricas en el extranjero, resultan desgraciados, porque acostumbradas á la independencia se revelan contra las restricciones impuestas.

AMALIA SOLANO.

Boston, Marzo 10 de 1898.

EL VIENTO

(Fragmento inédito del poema en preparación EL BOSQUE)

Palmas altivas, inclinad las copas
y vosotros también, añosos cedros!
Doblad la frente, bosques seculares,
que va pasando vuestro Dios, el Viento!

El Viento las neblinas arrebata
y las levanta al cielo,
y hace caer la lluvia
de sus hinchados senos.
Y la tierra bendice agradecida
al que asi la fecunda y le dá riego
y hace brotar en ella
el trigo rubio, el tulipán esbelto;
el árbol regocijase
porque el retoño brotará, cubriendo
de esperanzas sus ramas que parecen
sin hojas, un escuálido esqueleto,
Y habrá pan, porque llueve, en los hogares;
y dormirán los niños en sosiego,
porque, antes de buscar la blanda almohada,
el pan de bendición les repartieron.

El Viento arrastra el pólen
que en sus viajes aéreos,
va á fecundar al árbol
que llora su viudez en el desierto.
El Viento marca el rumbo á las cigüeñas
cuando llega el Invierno
y abandonan, buscando los calores,
el amado país en que nacieron.
El ayuda á volar al pajarillo
débil y pequeñuelo,
cuando abandona el nido cariñoso
en busca de la vida y del sustento.

Él es rey, es señor, es dios augusto
en la tierra, en los mares y en el cielo:
derriba las ciudades,
cambia en polvo los altos monumentos,
trunca las régias palmas,
los viejos pinos, los robustos cedros;

él empuja el bajel que vá surcando
el tormentoso piélago,
rasga sus velas, los timones rompe
y humilla los erguidos masteleros;
él domina las nubes á su arbitrio,
las levanta del suelo,
las junta, las arruga, las destroza,
como si fueran de su inmenso lecho
las opulentas sábanas
que envuelven sus amores y sus sueños.
Cuando está airado, sus nerviosos puños
agitan con furor el férreo cetro
y se escucha triunfante en el espacio
la magna voz del Trueno,
y al través de las nubes
que tiemblan en silencio,
cual bíblico castigo, surje el Rayo,
de las celestes iras mensajero.

Palmas altivas, inclinad las copas,
que vá pasando vuestro dios, el Viento!

En la región sagrada del descanso,
donde duermen los muertos,
en las calladas noches invernales,
también penetra, tembloroso, el Viento.
Besa las tumbas que la luna baña
con sus tranquilos, tímidos reflejos,
y de las rosas secas, una á una,
las hojas vá esparciendo;
á la estátua que llora en el pináculo
del régio mausoleo
acércase después, y vá á besarle
la blanca espalda y el turgente seno.

Junto á las tumbas los cipreses lanzan
sus quejidos funèreos,
y las caidas ramas de los sauces
entonan sus salmodias en silencio:
es el Viento quien lanza esos quejidos
en la región sagrada de los muertos,
es él, el gran pontífice,
que viene humilde á derramar sus rezos,
á deshojar las rosas
y á besar de la estátua el blanco seno.

Tiene á veces blanduras
y plácidos sosiegos,
y juega con las flores
y les regala besos;
mueve las verdes ramas muellemente
y hace caer los azahares frescos,
como una blanca lluvia
de dulces bendiciones, sobre el suelo;
deja flotar su túnica intangible
sobre la faz del lago soñoliento
y acaricia las plumas de los ánades
y de los cisnes los arqueados cuellos.
Entonces canta, canta con dulzura
unas trovas de lánguidos acentos
que saca de las hojas
de los castaños y altos limoneros.
El Viento está en amor: busca á su dama,
diciéndole dulcísimos requiebros
y dejando en cada árbol
las perfumadas huellas de sus besos.

Sentada está la Noche
en el umbral del Cielo,
envuelta, como reina, entre los pliegues
de su ámplio manto negro;
tiene al aire esparcidos
los ondulosos y húmedos cabellos
y adornadas la frente y la garganta
con rosarios de estrellas y luceros;
en su cintura envuélvese,
como banda de luz, en giro esbelto,
la inmensa vía láctea,
de mundos insondable semillero;
en vez de pieles de africanos tigres
tiene sus piás envueltos
en blancas nebulosas, y las nubes
son las almohadas reales de su lecho.

El Mundo, abajo, duerme
en brazos del Silencio
y sólo vela, en su laud cantando,
enamorado trovador, el Viento.
Acèrcase á la reina que sonríe
en el umbral del Cielo
y pulsando sus cuerdas blandamente,
con amoroso acento,
una trova le canta en que le dice
que el corazón le entrega todo entero.
Junta el Amor las pálidas cabezas
de la Noche y del Viento
y en el espacio azul, aletargado,
en rítmico concierto,
se oye el rumor sonoro
de sus ardientes, prolongados besos.

Palmas altivas, inclinad las copas
y vosotros tambièn, añosos cedros!
Doblad la frente, bosques seculares,
que con su dama va pasando el Viento!

Narciso TONDREAU.

Santiago de Chile, Marzo 20 de 1898.

Ubaldo Ramón Guerra

Apasionado siempre por todo lo que demuestra robustez de inteligencia á la par que una concepción sencilla y una forma de estilo delicada y fluidísima, he leido con placer los versos de Ubaldo Ramón Guerra, á quien no conozco, pero que me seduce con sus estrofas hondamente apasionadas, con sus giros soberbios y sus comparaciones preciosas.

La Revista Vida Montevideana, una de las buenas en su género en la República, publica muy á menudo los versos del joven poeta.

Por intermedio de ella se ha dado á conocer este ático cultivador de tan sublime arte.

Guerra sigue la huella trazada por Cárlos Roxlo, mi maestro también. Grandemente inspiradas son sus hermosas producciones, que han revelado en su autor extrema facilidad, intelecto robusto y alma apasionadísima de lo ideal.

A su edad, muy pocas veces se pueden lucir tales timbres gloriosos. Es un adolescente aún y ya ha conquistado un envidiable puesto entre la juventud contemporánea. El y Papini y Zás són indudablemente los mejores de su generación. Papini, más ampuloso, más imaginativo, si así puede decirse, sobresale por sus concepciones atrevidas y su fecundia asombrosa. Guerra se dedica más, demostrando cualidades insuperables, à pintar cuadros nuestros, en que la flor del ceibo es un símbolo ardiente de la pasión nativa y el clavel del monte la lánguida expresion de las pupilas adormidas de las enamoradas beldades del pago.

Papini tiene aleteos de águila, que trepa con el poderoso esfuerzo de sus rémiges pujantes la altura á que llegan los privilegiados; Guerra es más apasionado del terruño, al que describe siempre, con colorido de génio, con pinceladas de artista.

En el número del domingo último, publica Vida Montevideana uno de sus mejores versos, á mi juicio. Se titulan *Junto á los mirtos*.

A la verdad que cualquier poeta pondria al pié, sin vacilaciones temerosas, su firma reputada. Y no se desdoraria, indudablemente.

Junto á los mirtos y *En la sombra*, que dedicó á su maestro Roxlo, á quien se conoce profesa admiración, lo colocan entre los buenos cultores de la poesía. Lástima grande de la falta de estímulo que hay entre nosotros para todo aquello que se aparte del mercantilismo de la época.

En sus estrofas últimas hay versos que constituyen por sí solos todo un cuadro delicadamente descrito.

Y vá la prueba:

«En la nieve que ostenta el limonero
se agitan los insectos brilladores;
trina en su jaula, alegre tu jilguero,
la endecha divinal de sus amores!
En el limpio cristal de la laguna
donde moja el dorado sus escamas,
abre su broche de fulgor de luna
el camalote de jugosas ramas!
Los vientos en la fronda se han dormido,
rompe su braza el fruto del granado,
y canta desde el hueco de su nido
golondrina que habita en tu tejado...»

Hay en los anteriores sublimidad de concepción y una sencillez admirable. Es magistral la forma del verso y rebosa apasionamientos delicados. Raras veces se encuentran á su edad. Guerra es un pasional y un inspirado, de esos que ven en cada flor que cae el símbolo tristísimo de una esperanza muerta.

Las estrofas que transcribo á continuación son hermosísimas. El poeta canta al alma de su amor y le dice en un lenguaje epitalámico:

«—¡Oyeme diosa de los ojos pardos
en que arde la pasión,—por tí fundieron
con delirio las rosas y los nardos
el tinte aureal que á tús mejillas dieron!
Por imitar tu musical acento
su trova alza el zorzal; y la palmera
cópia al ser columpiada por el viento
el ritmo de tu cuerpo, mi hechicera!
Por tí baja la nube que colora
el confín en las puestas de Febrero,
á dejar en tu crencha flotadora
un girón de arrebol!—Por tí es ligero
el colibrí que gira en los juncales
y cuelga su canasta sobre el río;
y hay fuego en los boscajes de ceibales
como en tu boca de frescor de estío!»

Vuelvo á repetir lo que digo anteriormente. No lo conozco pero me seduce su inspiración y creo también que de entre los jóvenes, el dia que el viejo maestro Cárlos Roxlo baje de la cumbre en donde lo há colocado la inspiración gigante de su musa, Ubaldo Ramón Guerra se destacará entonces y podremos decir con orgullo: «Seguid como hasta ahora las huellas del viejo y querido maestro, que serás, cuando él falte, el cantor nacional.»

Cárlos MARTEL.

San José, Marzo 30 de 1898.

ILUSIÓN

¡Oh noche bella y serena!
Deja que asome la luna,
y que riele en la laguna
para mitigar mi pena.

Porque al rielar, me parece
que entre sus rayos de plata,
surge una sombra, que grata,
dichas y amores me ofrece.

¡Cuán bella! ¡Cuán refulgente
estás ¡oh luna! esta noche!
Hasta la flor en su broche
te saluda alegremente.

Mas no te ocultes... te pido...
que apenas la sombra nace...
¡Ah! su recuerdo aquí yace
pues que ocultarte has querido.

Fué una sombra que nació,
una ilusión de mi alma
que, con aparente calma,
al formarse ¡se murió!

María H. SABBIA Y ORIBE.

Montevideo, Abril 23 de 1898.

EN EL HOGAR

(Conclusión)

—Si, sí, es tu novio y me dejas por él... y no te vas á casar conmigo como me dijiste...

—¿Y no decías tú antes que tendrías otras novias?

—Sí... pero como tú me prometiste que te ibas á casar conmigo...

Y buscaba su seno turgente para esconder en él su rubia cabecita, dando gemidos y llorando amargamente; y ella lo estrechaba contra su pecho, besando su frente que despedia fuego, y sus rizos de color de oro; luego, más animado por aquellas demostraciones de cariño, dejábase arreglar los desperfectos de su traje, apartar los bucles que le caían sobre los ojos llorosos, y lavar la carita más sonrosada que de costumbre por efectos del llanto...

De pronto los quejidos de Manolo interrumpíanla de su dulce meditación, y volviendo á la terrible realidad, lloraba desesperadamente al contemplar el desencajado semblante de su sobrinito, cuya palidez cadavérica acentuábase por momentos.

Luego volvia el enfermito á quedarse sumido en el mismo sopor, guiñando los ojos de cuando en cuando, por efectos de alguna contracción nerviosa, y respirando cada vez más penosamente, como si alguien se complaciera en estrecharle la laringe.

Restablecido el silencio que reinaba en la habitación, interrumpido durante algunos momentos por la difícil respiración del pequeño paciente, por algún sollozo de su madre á duras penas contenido, ó por las lamentaciones del padre, se entregó Aurelia al recuerdo de algunos de sus momentos felices pasados en compañia del que allí se veia postrado, quizás para no levantarse más.

Lo volvia á ver en el Prado, una tarde de Marzo, cuando el sol ya declinaba, que, con un ramo de frescas violetas,—las primeras que vió aquel año—y á todo el correr de sus regordetas piernas, venía á ofrecérselo, con la condición de un beso, y ella en pago de su interesada galantería le habia dado dos sonoros en ambas mejillas, y que luego con voz entrecortada por la fatiga le dijo haciendo un gesto graciosísimo:

—Lala, he robado esas flores...

Y ella, al quererlo reprender por una acción tan fea, pudo que tomar otro partido sino callarse al ver que con cara compungida y haciendo «pucheros» le reprochó su falta de agradecimiento diciéndola:

—Si supieras lo que me ha costado traértelas.. pero como eran para Lala... y además yo no creia que me ibas á «retar» por haberme acordado de ti.

—Si, te perdono, picaruelo, pero eso no se hace, es muy feo; dime, ¿te pareceria bien que álguien te hubiera visto y dijera: Manolo robó violetas?

Y él, llorando al recordar su acción denigrante, exclamó para reivindicarse:

—Pero Lala, si no tenia plata para comprarlas?...

—No las hubieras traido.

—Bueno, no lo haré más: ¿te «enojás»?...

Y ella, por toda respuesta, volvió á estrecharlo entre sus brazos, con perjuicio de los adornos de su vestido, y comentado el caso entre sus padres fué festejado á hurtadillas con grandes carcajadas.

Después los pensamientos fueron más sombríos; pensaba que durante una pulmonia que tuvo Manolo habian tenido la creencia de que se moria, porque el médico lo habia deshauciado... ¿Se salvaría ahora de nuevo, que tenía el crup?...

Y vuelta á la realidad, recordaba que el médico que le asistia no habia dado ninguna esperanza el dia anterior, y que ni aún se podia intentar operarlo por medio de la traqueotomia á causa de la delicada construcción de la garganta del paciente y del estado de extrema debilidad en que se encontraba; solo restaba una ínfima, bien efímera por cierto: un milagro de Dios; y como estos andan escasos, desde que Jesucristo se fué de este valle de lágrimas, no habia que hacer sino resignarse con la santa voluntad del Señor.

La respiración del enfermito se iba haciendo más penosa por momentos; los lábios, antes descoloridos, tomaban un tinte violado lo mismo que sus mejillas, que se amorataban; sus ojos, de brillantez cadavérica, que se encontraban escondidos entre sus descarnadas órbitas, parecian querer saltarse fuera de su sitio y las manos eran presas de un temblor nervioso, como si padecieran del mal de San Vito.

La madre, transida por su dolor inmenso, habiase dejado caer de rodillas á la cabecera del lecho, y oraba en voz baja, interrumpiéndose en el rezo por los sollozos, que, contenidos por largo tiempo, estallaban con doble fuerza; el padre, de pié, al lado de Aurelia, lloraba en silencio, apretaba los puños y miraba al techo del aposento como si quisiera protestar, muda pero elocuentemente. de aquella desgracia que le descargaba el cielo tan desapiadadamente; y aquella, sin poder contener las lágrimas, habiase dejado arrastrar por su dolor, con lo que más desesperaba á los autores de aquel fruto de unos amores bendecidos por el cielo... bendecidos nó, pues aquella era una prueba de la injusticia de la Providencia.

Un reloj de campana que habia en la pieza inmediata dió tres sonoros martillazos, cuyas vibraciones resonaron lúgubremente en aquella mansión de la muerte; Manolito hizo un esfuerzo sobrehumano para llevarse las manos á la boca, trató aunque inútilmente de incorporarse apoyándose en los codos, lanzó un quejido ahogado, meneó hácia ambos lados la cabeza, y cayó pesadamente sobre la almohada; todavía se agitó un momento en el lecho, y volvió á quedar inerte: habia muerto!

Aurelia y su cuñado lanzáronse sobre el cuerpo inanimado de Manolo, con gritos desgarradores aquella y blasfemando éste, mientras la criada Remedios secábase, á los piés de la cama, los ojos con el delantal, y pronunciaba palabras en voz baja como si rezara.

La madre, de rodillas, con los ojos fijos en el techo, caidos los brazos y llorando silenciosamente, alucinada, veia un angel de alas transparentes y fulgurantes, vestido con áureos tules, que en un brazo sostenia á Manolo dormido que sonreia sobre su pecho, y con el otro le mostraba el cielo, señalándoselo con el índice, en tanto que una sonrisa de seráfica ternura vagaba por sus carmineos lábios.

Permaneció la pobre madre contemplando aquella visión consoladora, hasta que hubo desaparecido siempre sonriendo y señalando el cielo, y al bajar la vista y contemplar al hijo de sus entrañas, guardado por su última protectora, su amor maternal rebelóse ante aquella pérdida inmensa, y asaltando la camita de dorados bronces, prorrumpió en gritos de dolor, pero gritos salvajes, como los de una leona á quien arrebataran sus cachorros.

Cuando la primera explosión del dolor hubo pasado, se le oia decir á Aurelia:

—¡Pobre Manolo!

Américo S. MANCEBO.

Montevideo, Abril 16 de 1898.

LOS DOS SOLOS

—Yo me voy, exclamé.—¡Tan pronto!.... Mira
que me dejas sumida en la amargura
más inmensa. ¿Tú quieres mi ventura....
ó quieres que me muera de pesar?....
—Yo me voy, repetí.—¿Por qué tan presto?....
Mi presencia te aburre!.... No me quieres!
Se conoce en tus ojos; en el gesto,
que contrae tu rostro, singular,
—¡Es que no me comprendes!.... Un deseo
que apaga hasta mi voz....; un fuerte nudo
que oprime mi garganta.... y un mareo
que me invade, glacial, cuando te veo,
motivan ese gesto singular.
¿Quisieras tú saber?....—Dímelo pronto!....
—¡Te quisiera besar!.-..
—Bésame, tonto.
¿Tú suponías que iba yo á empezar?...
—Amado mío, con placer te escucho,
mas voy notando que exigente soy.
Vete, ya es tarde.—¿Te fastidio mucho?
—Jamás!—¿Me quieres?—Siii!...—Pues no me voy!

Vicente MAGALLANES.

Montevideo, 23 de Abril de 1898.

MI DESTINO

Imitando á Tourguenoff

Aún lo veo con los ojos del recuerdo.—Cuerpo extraordinariamente voluminoso, tez negra como la intención malvada que lo traia á mi presencia, ceño cejijunto, mirada torva y cabello y barba en completo desórden, su figura terífica semejaba más bien la de una fiera salvaje que la de un sér racional.

De pié junto á mi lado mirábame traidoramente como tigre que, en sus insaciables ánsias sanguinarias, ya ha elegido el inocente cordero que ha de ser víctima de su zarpazo brutal.

Yo, aterrorizado y dominado por un violento temblor convulsivo, pensé en sustraerme de aquella compañia odiosa, cuyo resultado maléfico ya presentia mi corazón, manifestándolo así con los fuertes latidos de que era presa en aquel instante solemne; pero luego, aguijoneado por la curiosidad, ya que nó por el deseo, y con voz trémula por la sorpresa y por el espanto, sostuve con aquel siniestro visitante el siguiente terrible diálogo:

—¿Quién eres?

—Soy tu destino.

—¡Mi destino! ¿Y á qué vienes?

—A sacarte de los brazos de un error crasísimo, entre los que te encuentras aprisionado desde que naciste.

—Pero...

—Escúchame.—Tú atribuyes las innumerables desventuras que soportas en la vida á otras tantas causas inocentes, cuando toda la responsabilidad que de ellas pueda surgir debe recaer solamente en mí, que soy tu único victimario; y...

--Basta... basta.

--No; déjame concluir.—Y esta tarea que me he impuesto de tu destrucción moral, no cesará hasta que la muerte, aplicando en tí su idea igualitaria, me arranque la presa, destruyendo tu físico inmundo, despreciable.

—¿Por qué así?

—¡Ah, mísera é inocente criatura! Ese es uno de los muchos y grandes secretos que les está vedado conocer á los hombres, por disposición acertada de la sábia Providencia.

Y, lanzando una estridente carcajada, desapareció.

Abrí desmesuramente los ojos, pero no ví nada.—Una densa obscuridad circundaba mi cuerpo tembloroso, y las fatídicas palabras que oyera minutos antes, resonaban aún en mis oidos con la misma horridez con que resonaran en los del reo de muerte las de la sentencia condenatoria, desde el momento de su notificación hasta el de su bárbara ejecución.

Quise gritar y no pude.--Palpé á mi alrededor, y noté que me hallaba sobre el lecho.

Entonces volví á la vida de la realidad, y comprendí que todo aquello solo habia sido una creación de mi espíritu atribulado por un dolor sublime, creación nacida al calor de un fantástico sueño!

RAUL FRESOIR.

Montevideo, Abril 23 de 1898.

MEDITACIÓN

TOO JENNY.

I

Se oculta el sol.—Allá en el Occidente
brilla la última luz de un calmo dia,
y al verde valle y á la selva umbría
la moribunda tarde sombras dá.
La flor se inclina; mira al horizonte
donde hay ancho girón de nubes rojas,
y su nido perdido entre las hojas
el canoro turpial buscando vá.

En la márgen del Plata adormecido,
donde el sauce llorón besa la orilla,
el pescador amarra su barquilla
y regresa cantando hácia el hogar.
Mientras la luna en el lejano Oriente
su luz á la llanura vá dejando,
y se levanta «su fulgor mezclando
con la pálida luz crepuscular.»

A las musgosas rocas de la playa,
por el callado céfiro impelidas,
vienen serenas, mansas, adormidas,
azuladas, las ondas á morir.
Y en ledo y blanco velo la neblina
serpea por los bajos y esplanadas;
las auras de la noche, perfumadas,
comienzan en los ceibos á gemir.

II

Ay!... más allà, allende el Plata, lejos,
está el suelo natal, la pátria amada,
en sábana de flores perfumada,
donde está el tierno hogar en que nací!
Ay!... más allá... donde mis ojos ávidos
buscan de noche una perdida estrella,
está mi dulce bien; allá está *Ella*,
y la ausencia, infeliz, llora por mí!

Al fulgor de esa luna, cuántas veces,
en las tranquilas noches del verano,
estrechando su mano entre mi mano
con llanto le juré mi eterno amor!

Y ella también.... ¡oh, ser de mis ensueños!
si alguna vez en mi amargura intensa
hallo un consuelo, es que en la sombra densa
veo tu imágen, delicada flor!

. . . .

Cuando vuelva á la Pátria, cuando calle
del mortífero bronce el estampido
ya verás, ya verás, ángel querido,
se acabarán las noches del dolor.
Y volverán los dias magestuosos
de mil delicias y emociones hondas;
y en las amenas y fragantes frondas
los insomnios sonrientes del amor.

CELESTINO V. DELFANTE.

Montevideo, Abril 23 de 1898.

ETERNAL

En el álbum de G. C.

Como pasa la brisa en los jardines
rumorosa, suavisima, ligera;
como acento de alados querubines
me habló una voz de su ilusión primera.

Me habló de tí, la diosa bendecida
que elevaba en su altar; el sol dorado
que irradiaba su luz sobre su vida,
la idolatrada flor de su granado!

El canto más sentido que escuchaba
brotar, entre la fronda, de los nidos;
ósculo palpitante que sonaba
con el más harmonioso de los ruidos!

Me habló de tí.—Me dijó de ternura
una historia sin fin, llena de fuego;
espejismos celestes de ventura
formados de la dicha en el sosiego!

Pero vino el dolor;—llegó la noche;
y el alma aquella de pasión henchida,
plegó como la flor su pobre broche
al embate furioso de la vida.

Y reclinó su sien sobre la almohada
de su sueño de amor, en la esperanza
de despertar en medio esa alborada
donde el ocaso terrenal no alcanza!

Y te ha de amar aún! Donde encendieron
los astros sus eternos resplandores
y las auroras sin final se hicieron;
allí son inmortales los amores
que de la tierra hasta los cielos fueron!

UBALDO RAMÓN GUERRA.

Las Piedras, Abril 22 de 1898.

EL ÚLTIMO PASEO

Traducido del francés para "Vida Montevideana"

El duque de Hennin entreabrió la puerta de su cuarto de vestir:

--Mi querida amiga, son las cuatro. Una vez que esté pronta, ¿querria usted acompañarme al Bosque hasta las seis? No la retendré á usted mas...

La duquesa se estrañó de ese tono grave. Respondió: «Convenido!» Y después, como en su cabeza de colibrí las impresiones duraban poco, continuó interrogando á su camarera acerca de las cintas de su corsét.

--Las hubiera deseado fuego. Celestina me condena al malva. Y en verdad que no tengo sesenta años. Cuidado, María, que me pincha usted!

--Por Dios, qué linda está la señora con eso!

La muchacha no mentia. La duquesa era maravillosamente bien formada, rubia, nerviosa y picaresca, de una gracia ligera de pastel; tres espejos la multiplicaban, tres espejos en que el contorno de las espaldas, la curva de los senos, los brazos aterciopelados y el talle cimbrante, cambiaban constantemente los reflejos, tales como recuerdos voluptuosos.

. . . .

El duque caminaba al lado de su mujer. Quince años mayor que ella, grande, robusto, cuadrado de espaldas, encanecido antes de tiempo, tenia figura sincera, hermosos ojos negros, una frente de voluntad. La vigorosa nobleza de sus mayores aparecía en numerosos gestos, porque era de sangre meridional. Se habia casado en Bélgica diez años antes, por amor, con una hija de flamencos, avaros, rapaces y sentenciosos.

El coche los seguia. Caminaba lentamente por las avenidas silenciosas del bosque de Boulogne, donde se abotagaba el dia de invierno. En el cielo se descomponian con harmonía maravillosa largas franjas de malva, de naranja y de azul. Por todas partes flotaba una pequeña bruma que cambiaba los tonos tornasolados en vapores que corrian sobre los lagos, los bosquecillos recortados, las techumbres y los prados, mezclando el misterio á la frescura.

--Usted me hará justicia, mi querida amiga, y convendrá en que nuestros diez años de matrimonio han sido para usted libres y felices. Yo sabia la desproporción de nuestras edades, la diferencia de nuestras naturalezas. Respetaba el amor de usted por la vida, el lujo, los espectáculos, los bailes, los viajes, y cuando subia la sangre á sus mejillas rosadas, y cuando la sonrisa divinizaba sus lábios, me consideraba recompensado.

Aquí un gran suspiro. Un cuervo gritó en el espacio. La duquesa permanecia silenciosa. El evitaba mirarla, fijos los ojos en su memoria.

--Yo me decia á menudo que usted no podia amarme, que usted me estaba solamente agradecida.

«Yo, ya tenia por usted una pasión total, exclusiva, que poco á poco se hacia más pura á medida que desaparecia la fiebre.

«Yo le hablaba á usted en todas ocasiones de la muerte: es una imposición de mi espíritu y este tema poco alegre, lo convengo, si bien le traia á usted la tristeza, derramaba en usted una melancolía cuyá dulzura yo amaba.»

Aquí murmura débilmente la duquesa:

--Es eso lo que me ha perdido.

El tomó una voz más baja y sorda que condecia con las rápidas tinieblas en que se apagaba el esplendor violeta de la atmósfera, en que la bruma se transformaba en niebla.

--Ahora me ha engañado usted, Margarita. Yo no puedo dudar y usted no negará. Este temor que he tenido desde el dia en que solicité la mano suya en que la esperanza de mi gran fortuna hacia brillar sus miradas de niña, ese miedo que me torturaba en los sueños y disecaba mis transportes á tal punto que acababa en la hipocresía, ese miedo sin igual por una herida perpétuamente sangrienta y ardiente, mezclada con celos y con vergüenza y agravada por un vigor físico y que llegó á hacer de ella un rasgo de mi carácter, ese temor se ha realizado.

«Confieso que ella no me anonada ya, porque ahora sé que ella existe, que el fantasma vive, que la suposición ha cedido ante la evidencia...»

La duquesa lloraba dulcemente sin sublevarse, sin cólera, presa de una angustia fatal que venia del cielo, de la vida y de las cosas. Ella no se arrepentia de nada.

Queria á su cómplice, un jóven amigo del duque de Hennin, muy hermoso, muy valiente y que le habia ofrecido las dolencias de una lealtad y de una integridad de corazón absolutas, que lentamente habia sacrificado á ella.

Veia las primeras citas, precisamente en esas mismas avenidas, en la hora propicia .. las veia fijos los ojos brillantes en el crepúsculo. con la boca rosada, y temblándose las manos. Sentia el hielo del beso, el aliento tibio. Y una mano le ceñia el talle... Con las palabras del marido otra vez tan resignada, tan triste, imploraba y se lamentaba y después agradecia con sus suspiros.

Y lo que más la desolaba en este instante de reminiscencia era la paridad de los sentimientos, ya fueran de esperanza ó de reproche, la analogia del lugar, de los bosquecillos, de los reflejos, de la bruma.

Ella poseia un alma indecisa, de una debilidad maravillosa que sólo podia fortificar la voluptuosidad.

Pero la voluptuosidad perdia todos sus derechos ante la derrota del hombre generoso á quien ella le debia todo y á quien ella habia quebrado.

Hubiera querido decir algunas palabras Suspiró:—«También... ¿por qué hablarme siempre de la muerte? V. me exaltaba el deseo de vivir.

«Me parecía ante mi espejo que yo sólo era una efeméride, un perfume de alegria y de belleza que se evaporaria en algunos segundos.

«Nuestro querido hijito tan delicado, tan tierno, al que habíamos esperado tanto, y que hemos perdido cruelmente.... yo vuelvo á encontrarnos al lado de su cuna.

«Allí me entró el mal. Es horrible. Ha pasado por la puerta negra. Allí *quise* el amor, el amor, el rápido tumulto del corazón, ya que el corazón acababa de latir tan pronto. Y más tarde descubrí algo como una escusa, en cada una de las palabras de V., dulces pero sombrias ¡recuérdelas! en cada una de sus peligrosas confidencias.—V. me ha creido menos débil y más séria.... más digna... de V...»

El la interrumpió con una sonrisa extrema que la horrorizó en las tinieblas:

—Yo no calculé nada, Margarita. Yo sabía que Vd. era impresionable y mujer hasta entregarse sóbre una tumba. Pero yo tenía la esperanza de hacer florear algo que quedase en gérmen y que Vd. sentiria temblar dentro de sí misma cuando yo ya no estuviese allí... Oigame bien ... me voy á matar. Cuando y cómo, ese es asunto mio.»

—¡Oh gracia, gracia! perdón!

El la rechazó con dulzura.

—Vd. está perdonada, querida mia!

«Y yo me perdono á mi mismo el haber esperado demasiado de Vd. Y yo perdono al amigo cuya falta es tan humana!... No tengo ya la fuerza de vivir porqué el suelo negro me atrae desde hace tiempo y por qué el problema me apura. No tenga Vd. remordimientos y habrá sido mi querido pretexto.

«Cuando Vds. dos hablen de mi, traten de hacerlo con indulgencia. Las dos ó tres ideas que he sembrado en Vds. no las desprecian como esos recuerdos que uno encuentra en las herencias. Ellas son la autoridad de la vida. Son las pobres lucesillas en torno de las cuales yo giraba ¡ay! alejándome ó acercándome según lo quisiera la casualidad ó mi deseo. Una de ellas, mi divisa y vuestro veneno: *la imágen de la muerte todo lo ennoblece*, pronto os será odiosa. Desembarácense Vds. de ella grabándola sobre mi sepultura.»

El duque se detuvo. Su mujer temblaba.

El la apretó contra su corazón.. El la besó en los labios como el caballero besa su puñal. La bruma empecinada y azuleja invadia hasta su mismo espíritu. El admiró por última vez eso que la carne nos disimula y entró en contacto con esos sueños cuya junción forma nuestro tan frágil «yo»!

LEÓN DAUDET.

ÍNTIMA

La inflexión de su voz, sus movimientos,
su boca, su sonrisa, su mirada,
aquellas languideces voluptuosas
de la mujer que vive enamorada

Todo adoré yo en ella y todo ahora
el alma lo recuerda estremecida,
con más intensidad cuánto más lejos
siento esas dulces horas de mi vida.

¡Cuántas veces le hablaba en mis amores,
de ansias vagas, extrañas, misteriosas,
de fantasmas sin formas que la mente
poblaban en mis noches silenciosas!

¡Y cuántas otras, ¡ay!, fijos sus ojos
en mis ardientes ojos, me decia:
si hubiera un más allá, alma de mi alma,
aún después de la muerte te amaria!

Yo de nada dudé; yo nada supe
sinó amar, amar mucho y pensar poco,
hacer de esa pasión mi vida entera
y entregarme en sus brazos como un loco.

¡Qué horrible despertar! Mis alegrías,
mi fé, mis esperanzas, mi inocencia,
todo fué consumido por las llamas
de ese incendio voraz de mi existencia.

Hoy, mudo el corazón, mudo el cerebro,
siento correr el frio de la muerte
por las venas de un cuerpo envejecido,
miserable ataúd de mi alma inerte.

Pero esa es ley de la natura humana:
bajo rayos de suaves resplandores,
entre el follaje espeso de la umbria,
entonan su canción los ruiseñores.

Y de la tierra entera se levantan
himnos de amor, de dichas y de anhelo,
después ... viene el invierno con sus nieves,
sus hojas secas y su triste cielo.

En el pálido invierno de mi vida,
no hay un rayo de sol, no hay un latido.
¡Perece de una vez, materia impura,
porque hace tiempo que yo ya he concluido!

ENRIQUE RIVERA.

Montevideo, Abril 23 de 1898.

VIDA SOCIAL

Como lo habiamos supuesto, fué un nuevo triunfo artistico el que obtuvo en la noche del lúnes el aristocrático centro musical «La Lira».

Todos los números del programa fueron llenados y todos ellos fueron magnificamente interpretados. Se hizo aplaudir entusiastamente el coro del maestro Errante formado por conocidas niñas de nuestra sociedad y distinguidos caballeros. Mereció también los honores de una ovación el cuarteto formado por cuatro artistas de reconocida fama, así como la interpretación de la Reverie de Rubinstein y de la obra de Liszt por el profesor Atilio Sgoppi.

Distinguidas familias llenaban el recinto, dando la nota alta de sociabilidad y elegancia. Recordamos á las de Larravide, Blixen, Roosen, Ramirez, Reyes, Lerena, Perez, Butler, Ferreyra, Talice, Brito del Pino, Hoffmann, Hámilton, Palomeque, Sarachaga, Casamayou, Basañez, Oliver y muchas otras.

—La Sociedad Beethoven, que tan buenos conciertos ofrece á nuestra sociedad, prepara para los primeros dias de Mayo uno de sus grandes triunfos.

—El mártes le fué presentada al señor Presidente Provisional la «Marcha Triunfal» compuesta por la distinguida é inteligente profesora concertista señora Amabelia Arlas de Rizzardini, habiendo sido el Consejero de Estado señor Serrato quien la puso en manos de S. E.

Oportuuamente habiase ocupado la prensa diaria de dicha marcha, tributándole honrosos y merecidos conceptos que, unidos á los ya formulados por los competentes maestros señores Logheder y Galazzo, hacen que tributemos un entusiasta aplauso á su digna compositora que se nos revela con sorprendentes aptitudes para la composición de la música clásica.

Hoy que la hemos oido afirmamos concienzudamente que es de una originalidad excepcional y de un efecto grandioso—que tiene arranques marciales, trozos entusiastas y voces guerreras que simulan admirablemente el toque del clarín ó el redoble del tambor—y que, en su género, es la primera que hace honor á la composición nacional.

La carátula que cubre el manuscrito es una verdadera joya artistica—obra del pincel privilejiado del celebrado pintor Napoleón Rizzardini, esposo de la obsequiante.

Publicamos á continuación la carta, que adjunta al manuscrito, fuéle entregada al señor Cuestas:

Montevideo, Abril 19 de 1898.—Excelentísimo señor Presidente Provisional de la República Oriental del Uruguay, ciudadano don Juan Lindolfo Cuestas.—Presente.—Excelentísimo señor.—Tengo el alto honor de elevar á manos de S. E., el manuscrito adjunto, original de una «Marcha Triunfal» que acabo de componer y que, complacida dedico á S. E. como débil testimonio de gratitud y de respeto al eminente compatriota que, inspirado en nobilisimos propósitos, ha devuelto la paz á la familia oriental, é iniciado en el gobierno una era de fecundas reparaciones nacionales.

Quiera S. E. dignarse aceptar deferente mi modesto homenaje, y con él los votos que formulo por la prosperidad de su gobierno y la felicidad personal de S. E.—*Amabelia Arlas de Rizzardini.*

—Tuvo lugar el lúnes la boda de la señorita María García Rodriguez, con el jóven Ricardo Hughes. La ceremonia fué completamente íntima á causa del duelo que aflije á la familia de los novios.

Es María niña buena y gentil, y su esposo de hoy un completo caballero—de manera que la hada de la dicha cobijará siempre con sus blancas alas el nuevo hogar consagrado por el amor y la fé.

—Están fijadas para el próximo Julio, las bodas del caballero Jaime S. Corch, con la distinguida señorita Emma Laviña.

Se susurra que con ese motivo, la familia de la desposada, ofrecerá una fiesta á sus numerosas relaciones.

—Se anuncia para el mes de Junio el enlace del señor Domingo Simones con la interesante señorita Lucía Lemos.

—El jóven Santiago Agustini ha contraido compromiso con la señorita de Zorrilla.

SIEMPREVIVA.

ADÚLTERA

(IMITACIÓN)

Para mi ilustrado amigo Guillermo Rivas.

Ven, engendro ponzoñoso,
mónstruo sin fé y sin entrañas,
emanación del Averno,
hiena salvaje y sin alma;
ven, y escucha de mis lábios,
ardientes como la lava,
la maldición más horrenda
que forjó la mente humana;
ven, aborto del abismo,
y cuéntame, depravada,
por qué á mi nivea pasión
echaste tan negra mancha;
por qué á mis sueños divinos
como el gemir de las auras,
el sonreir de los astros
y el suspirar de las almas,
mezclaste, tú, con el lodo,
que despide infectos miasmas,
sabiendo que acción tan vil
mi muerte al punto causaba.
Dime, con ruda franqueza,
y sin evasivas vanas
qué causas han dado márgen
á tu conducta malvada?
¿No te ofreci de mi vida
en la radiante mañana
de mi virginal amor
la pureza inmaculada?
¿No te ofrecí mi existencia,
mi nombre, y también la llama
que encendió en mi amante pecho
el fuego de tu mirada?
¿No he sido bueno contigo,
y entonces, mujer insana,
por qué hiciste apostasia
de la fé ante Dios jurada
y enlodaste mi apellido
con la ruindad de tu infamia
y en el cieno sepultaste
mis risueñas esperanzas?
¿No comprendías, perjura,
que mi alma dilacerada
por tan denigrante afrenta
clamaria atroz venganza
y que era en vano intentar
que tu vileza acallara,
pues mi noble corazón
no anida acciones villanas?
Díme, infelice mujer,
dime, mujer degradada,
¿por qué en noche tenebrosa
tornaste mi azul mañana?
¿Dime, por qué obedeciendo
de la lujuria á la llama,
te olvidaste de tus hijos,
de esas inocentes almas
que llevan, séres queridos,
pedazos de tus entrañas,
el signo de la deshonra
marcado en sus frentes albas?
¡Ahora lloras, madre infame!
¡Ahora recién viertes lágrimas
porque mis lábios nombraron
á esas criaturas cándidas!
¡Mis hijos! ¡Sólio sagrado
de mis dulces esperanzas!
¡Encarnaciones celestes
de mis ilusiones santas!
No llores, nó, Magdalena,
no llores, nó, desdichada,
porque tu sangrienta ofensa
ni con tu muerte se lava.
Vete pronto de mi lado,
pues siento indomables ánsias
de hacerte purgar tu crímen
retorciendo tu garganta!
Vete lejos de mi lado,
y sabe, mujer liviana,
que arrastrada anhelo verte
cual serpiente emponzoñada
y anhelo también que seas
por el mundo repudiada
y que todo el que te observe
te escupa airado en la cara!...
¡Caiga sobre tu conciencia,
mónstruo sin fé y sin entrañas,
la maldición màs horrenda
que forjó la mente humana!...

CAYETANO R. MENDOZA.

Mercedes Oriental, Abril 20 de 1898.

AMOR ESCLAVO

¡Qué inolvidable dia fué aquel! Volviamos de una alegre escursión á la gruta de Arequita y gozábamos todos los de la comitiva contemplando los deliciosos paisajes de las sierras onduladas que abrazan la ciudad de Minas, como un cinturón colosal de piedra, de esmeraldas gigantescas labradas por el cincel eléctrico del rayo y por el curso cristalino de las aguas.

Entre la alegre compañia de señoritas y jóvenes, destacabase como siempre por lo original, mi amigo Rocaoro. Ese dia estaba lo más *buen mozo*, como decia la morocha Hortensia T... ostentando la tentación de dos lábios rojos y húmedos y mostrando las juntas hileras de sus blancos dientes como si quisiera, sonriendo, besar á Rocaoro, pero, besarlo... á mordizcos sensuales.

El tema de Rocaoro era el Amor libre y tenia todo el picor dulcisimo de un civillo de Andalucia, toda la libertad del pampero y todo el sol de las colinas de la pátria.

Era un tema nuevo, interesante; era un racimo de ricas uvas que saboreamos grano á grano, deliciosamente, mientras cruzábamos senderos tapizados de perfumados tréboles y margaritas.

--Y bien, si,--prosiguió Rocaoro;--á haber nacido mujer con este cerebro conformado para recibir las ideas más avanzadas de la era presente y aun de la futura, yo no me hubiera casado.

--¿Por qué?--le preguntamos todos casi á coro.

--Es sencillo; porque el amor, á la hora actual que suena este fin de siglo, esta sociedad es para la mujer una esclavitud sin nombre, algo que ata sus acciones á nuestra voluntad como un pesado grillete de presidiario.

—Eh! no tanto! —dije por decir algo.

—Ya verás,--repuso Rocaoro.--Todo converje, leyes y costumbres, para oprimirla, para tiranizarla. Es en valde que ella se haya hecho un escudo con su belleza, que se engalane con los esplendores de la industria y del arte. Es inútil que despoje los bosques de sus aves más pintadas para adornar sus sombreros, que se vista con telas que envidian para sus galas levisimas las libélulas de oro. Es inútil que la poesia le mienta halagos, que la música le cante romanzas melódicas, que la pintura la represente en el esplendor de sus carnes perfumadas, en una *pose* artistica como un fidiaco modelo de la Grecia. Todo es inútil! Ni su papel de seductora que desde niña viene haciendo, la libra de la esclavitud del Amor, de la tirania del hombre. ¿No veis que los Códigos todavia sustentan las bárbaras leyes dignas de la cruel época romana en que fueron engendradas, de que el marido puede, impune y cobarde, asesinar á la esposa si la hallara en brazos de otro hombre?... Yo, siendo mujer, me preguntaria ¿con qué derecho un hombre puede hacer de mi cuerpo una propiedad como una cosa inerte y de mi voluntad una esclava?... Si no amo á ese hombre, si no llena las exigencias de mi organismo, ni de mi intelecto; si, en el noviazgo ha sido galante, bueno, derrochando gracias y ahora, después de algún tiempo, ya es el hombre visto en mangas de camisa, mostrando sus vicios sin pudor alguno, y hasta ofendiéndome con el látigo de los celos, ¿por qué no he de ser libre de amar á quien me corresponda?...

«¿Y la familia, y las leyes y el órden social subversivo?--dirán Vds.

«Ah! ¿La familia? Es cierto, el hombre actual se abroga el derecho de mantener á la mujer para esclavizarla más ¿Por qué no le enseñará desde niñas á ganarse la vida como el hombre? ¿Por qué se le cierran los parlamentos, los clubs, las tribunas, las profesiones liberales, el voto de las urnas, la deliberación de los congresos, la administración de los dineros públicos, la dirección de las bellas artes....?

«Por qué? Para esclavizarla más en esos serrallos disimulados que son las casas para oprimirles más en nombre de las llamadas conveniencias sociales? Pero, ¿no veis que hasta en el manejo de su dinero la mujer no puede hacerlo sin la intervención expresa del marido? ¿Donde está la libertad de nuestras instituciones sociales?

«La ley, (qué rica cosa la ley!) manda que la mujer obedezca al marido.... y sinó el castigo la espera y hasta la espera la sentencia y la ejecución de muerte por el propio marido. Toda obediencia implica servilismo. Lo que no se hace por propia voluntad es un doblegamiento del alma, un relajamiento del carácter que deprime al que obedece. El amor libre no manda ni castiga; el amor es atracción de las almas, es simpatia eléctrica de los corazones. Si uno de los dos seres manda ó castiga, no existe el amor, impera la tirania, el polo opuesto....»

--Entónces,--interrumpile la frase á Rocaoro--tú tienes el ideal de los Principes del Africa Central que ofrecen al huésped su mujer como signo de hospitalidad?....

--No!--repuso vivamente Rocaoro. Ni tan calvo que no tenga cabeza. Ni tampoco la quiero como el principe de la India ó el señor musulmán que la mantiene oculta á su más intimo convidado. Quiero la libertad completa del sexo femenino: económica, sexual, politica, juridica y religiosa.

--Entonces, las Hetairas griegas que además de ser endiosadas, su amor libre rayaba en el desenfreno.

--Prefiero el encanto espiritual de aquellas divinas metafisicas griegas á las castellanas reclusas de la Edad Media, y aún á la mujer esclava del hombre en nuestros dias.

«No seria casada, si fuera mujer, entendámonos, según vuestros rituales religiosos y vuestros contratos juridicos. Lo que no impediria que amara al sér elejido con toda la potencia de mis sentidos. El contrato del juez, la Epistola de San Pablo, no hacen indisoluble el vinculo conyugal ni dan más cariño cuando este no existe ó se amortigua. Querer conservar eternamente el Amor cuando este se detiene como todo en la Vida, cuando crece, nace y muere como una parábola humana del sentimiento, cuyo periodo más elevado seria la reproducción de la especie; querer perpetuar la adoración del idolo cuando la fé falta y cuando el altar carcomido por el tiempo se cae á pedazos, es una insensatez como el que quisiera detener el curso caudaloso del Rio de la Plata con las manos.--No, no, no! mis queridas amiguitas; por más que os digan lo contrario todos los poetas del mundo, os declaro que el Amor marcha al golfo del olvido como los rios á la mar.

--¿Y el amor eterno que juramos todos á menudo?--pregunté.

--Es un sofisma cuando no una hipócrita mentira. No hay nada eterno en la vida. El cuerpo renueva su sangre; los árboles su savia, sus hojas, sus flores, sus frutos; el ave renueva su plumaje; los rios el curso de sus aguas siempre renovado, siempre en movimiento. Las moléculas en nuestro cuerpo se renuevan, segundo por segundo y los astros en el cielo tienen revoluciones periódicas en sus órbitas incomensurables.

«Lo eterno es la negación del progreso y Dios mismo es magnífico porque nos presenta el lado más bello de su obra universal en la constante trasmutación de la Vida. Las religiones se sucèden, los sacerdotes desaparecen, nacen nuevos cultos, más espirituales. A las épocas guerreras nacen las económicas presentes. La propiedad individual tiende á desaparecer para evolucionar en propiedad común. Entonces ¿cómo puede el hombre pretender que una mujer sea cosa suya para siempre, si en ella la voluntad no acompaña al acto conyugal?

«Mis amigos, sabedlo; lo eterno es la esclavitud; lo que se renueva como el oxigeno es la libertad, es la vida.»

--No me acaba de llenar ese ideal,--exclamó la lindísima Hortensia.

--Ya!--respondió sonriendo Rocaoro,--la costumbre, el atavismo de la esclavitud que ustedes soportan desde hace tantos siglos. Si yo he conocido mujeres que deseaban el castigo del hombre que amaban, querian su rigor, para doblegarse, esclavas, serviles, humilladas.

--Pero, no me negará que es antipoética esa conclusión del Amor.

--Antipoética? Para usted si, para mi no. Es la esencia perfumada del Amor, es la verdadera poesia de la existencia.

«Y si nó, agregó Rocaoro, tomando el brazo de Hortensia; venga acá, alma de paloma, venga acá alma de paloma blanca, esto es, sin hiel. ¿Usted prefiere entonces que su amado sea el soberano despótico? ¿Usted prefiere en vez de la igualdad económica del sexo, el salario que os traiga el marido para pagaros vuestros cuidados domésticos y vuestras caricias? ¿Usted prefiere que le hagan unas leyes para doblegarse á ellas y prefiere que las hagan los hombres en su favor contra vuestra voluntad y vuestro interés? ¿Usted prefiere, sobre todo, ese martirio de las vírgenes solteras, tener que esperar inútilmente al esposo que os elija, que os contrate, que os pague el matrimonio (es un poco crudo pero es cierto) para poder al fin dar un poco de expansión á vuestros sentimientos, en vez de la hermosa y digna libertad de ganaros con vuestro intelecto y vuestras manos, el pan, el vestido, la casa, el recreo; en vez de poder discutir y daros vuestras leyes apropiadas y en vez de elejir, de simpatizar al ser de querer preferido, sin trabas sociales, sin mentiras con caretas, de formulas ya ridículas, ya odiosas, en vuestro ambiente revolucionario?

--Si asi habeis constituido la sociedad ¿qué podemos nosotros las pobres esclavas? --replicó sonriendo la lindisima Hortensia.

--Hacer lo que yo, predicar que no haya más amor esclavo. ¿No veis esos pajarillos que se han parado á besarse por los piquitos en esa mata florida de rosas blancas? ¿No veis como escapan al rumor que hacemos al acercarnos? Parece que dicen al huir lejos de nosotros: Alli vienen los eternos esclavos del Amor. Huyamos hácia la luz, hácia el perfume de la Naturaleza, propicia al Amor, hácia los vastos horizontes de la libertad, allá donde hemos colgado el nidal amoroso, sin epístolas religiosas pronunciadas por lábios mercenarios y sin contratos odiosos que hacen del Amor un negociado de compra y venta.

«No más a mor exclavo!....»

Y Rocaoro pronunció estas últimas palabras entre un coro de aplausos que le formamos como una aureola de gloria.

Allá á lo lejos, sobre los cerros de Verdum, el sol bajaba inundando la campiña con la lluvia de oro de sus rayos solares. En pocos segundos traspuso la cumbre y entónces quedó como un polvo luminoso flotado en la atmósfera azul é intensamente profunda ... La tierra parecia magnificada al recibir entre sus senos la frente amorosa del sol para dormir el sueño espléndido de los astros.

FRANCISCO C. ARATTA.

Montevideo, Abril 23 de 1898.

LIED

En el álbum de Matilde Bruzzone, una amiga á quien no conozco.

Soñaba, y ante mi sonreian mujeres bellisimas con sus sonrisas más frescas; mujeres bellisimas que me brindaban sus núbiles encantos y sus besos candentes; mujeres que tenian la sangre como lava ardorosa y que por bocas ostentaban claveles rojos.

Faunos extraños me traian las mejores silfides.

Reyes poderosos me ofrecian sus cetros.

Gnomos misteriosos apiñaban á mis piés enormes talegos de oro.

Guerreros valientes, indómitos, me rendian sus espadas invencibles.

Y en medio de todo, un pueblo entero me aclamaba como su señor y dueño.

Y yo, nostálgico y sombrio, seguia mi camino.... seguia mi camino.

Y me interné en una selva espesa, desdeñando todas aquellas grandezas tentadoras.

De pronto, silencio en los aires y ruido sobre la caprichosa alfombra del follaje. Y tras un segundo, un tapiz de hojas que se entreabre para que surja de entre ellas una mujer en casta y deslumbrante desnudez olímpica.

¿Era Anadyomena?

¿Quizá era Friné?

¿Era, acaso, Galatea, animada después del beso de Pigmaleón?

No.

Era la amada de los artistas, hermosa y gentil como una diosa pagana; blanca y purísima como una dryada

Ciñóme de la mano con la suya, y, tímida y mimosa, me condujo al pié de un monte de oro, en el que la luz del sol jugaba en un centelleo de estrellas, y con el índice, que parecia un tallito de azucena, indicóme la ascensión.

Alcé mi vista deslumbrada, y en lo más alto del monte inaccesible,--al cual, nuevo Sisifo, intentaba subir, cayendo y volviendo á caer abrumado por el peso de mi infortunio,--estaba una mujer pálida, de ojos de azabache que me atraian enormemente, y cabellos de ébano, que, desceñidos, caian sobre sus senos apenas cubiertos por una larga túnica de luto. En su mano pulsaba una lira de oro y diamantes, y su talle estaba rodeado de una guirnalda de rosas y de mirtos que temblaban de gozo.

¡Era mi ideal de mi vida de bohemio soñador y errante!

. . . .

Por ti, ¡oh Matilde! dulce amiga, desconocida y hermosa, á quien mis ojos tan solo han visto en el pais del Ensueño; por ti sólo anhelo, hoy despierto, la realidad de mi sueño.

Porqué al pedírseme mis cantos para tu álbum,--álbum que es nidada de mirlos y cofre de encantos, donde han hecho eco plectros de oro,--valor y energia habriasme dado para ascender al monte de oro de mi sueño, donde á la pálida musa de ojos de azabache que me atraian enormemente, y cabellos de ébano,--que desceñidos caian sobre sus senos apenas cubiertos por larga túnica de luto,--á la pálida musa,--ideal de mi vida de bohemio soñador y errante,--le habria quitado la lira de oro y diamantes para cantarte y la guirnalda de rosas y mirtos, aún temblantes de gozo, para arrojar á tus plantas.

¡A ti, Matilde, mi dulce amiga desconocida y hermosa, á quien solo he visto en el pais del Ensueño!....

WERTHER.

Montevideo, Abril de 1898.

SANTIAGO BARCO

(CONTINUACIÓN)

Dominó su agitación, y para adquirir una certidumbre, dijo:

--Desconfia del orgullo común á los bastardos no reconocidos de creerse salidos de altas esferas.

--Yo soy de sangre noble, respondió el corneta clavando ojos de desafio en don Enrique.

--¿Qué sabes tú? ¿Quién te lo ha dicho?

--La altanería de mi alma, respondió magníficamente el muchacho.

El coronel respiró más á sus anchas.

--Pues bien, escucha, replicó arrastrado esta vez por un impulso que no pudo contener; esa altanería me encanta y no quiero que se pierda tal fuerza. No tienes ni nombre, ni fortuna y vas á perecer obscurecido. Firma la solicitud, acepta tu perdón y te adopto. Serás mi hijo.

Tenia en una mano la hoja preparada, cubierta de notas en el márgen y con ademán torpe por el vendaje de su herida, abrió los brazos á Santiago.

El corneta le arrancó de la mano el papel, lo rompió en diez pedazos y lo arrojó á la cara del coronel respondiendo con la más extraordinaria insolencia castellana:

--Cada cual, como yo, puede suponer á mi padre desconocido el más noble de alma y de raza, á pesar de la falta de mi abandono. Si fuera declarado hijo de usted, me creerian de la sangre de seductores de mujeres y de bajos libertinos.

--¡Ten cuidado, me insultas! exclamó don Enrique, estupefacto.

--¡Qué me importa! replicó Santiago, apaciguado, encogiéndose de hombros. ¿Quién, excepto Dios, puede algo contra mi, condenado á muerte? ¿quién puede algo más contra mi, condenado á muerte, cuando además rechazo el perdón?

El coronel le contemplaba detenidamente, con las pupilas dilatadas por una emoción nunca sentida, incomparable, indefinible.

Después bruscamente, con su brazo sano, atrajo al adolescente á su pecho, le dió un beso en la frente y se escapó sofocado.

(Continuará). PONTSEVR Z.

Juegos Florales

Avisamos á las personas interesadas en los Juegos Florales iniciados por esta Revista, para celebrarse en la ciudad de San José de Mayo, que los trabajos presentados están en estudio del Jurado, el que dictaminará en breve respecto á los que resulten premiados.

La Comisión del Monumento á Artigas, aún no ha fijado la fecha de su inauguración.

Tan pronto como esa Comisión señale la fecha de las fiestas, lo llevaremos á conocimiento de los concurrentes que interesen asistir á los Fuegos Florales.--LA DIRECCIÓN.

Establecimiento Gráfico á vapor, calle Convención 82